



## Improvisación

*Ricardo Fernández*

Colorado State University

Para Gabriela Bucini,  
con música de Charlemagne Palestine  
y una canción de Tim Buckley

Una mera coincidencia. Es lo razonable. No vale la pena insistir sobre ello, entonces, ni tenga acaso más relevancia que la de una simple elección de una entre otras, de entre las allí presentes alrededor de la mesa más cercana al piano. Pero una vez establecida la aleatoriedad de esta preferencia, ¿qué determinación que aún hoy no soy capaz sino de aventurar guió su mano en este y los subsiguientes actos que aquí contaré? En cualquier caso, comprendí inmediatamente que asistiría muy de cerca a su, para mí, imprevista interpretación.

Perpendicular al piano negro, en silencio, contemplé la meticulosa disposición de las partituras, el cuidadoso desdoblar de unos cuadernos excesivamente grandes para el soporte previsto al efecto. Cambió la joven varias veces el orden en que superponía unos a otros, abiertos de par en par, como si no acabara de decidir cuál de las piezas ensayaría en primer lugar. Los cuadernos amenazaban con descomponerse definitivamente. Extendían sus blancas y ralladas páginas más allá de los esfuerzos de contención de las azoradas manos de la joven, como si quisieran, aleteando lentos como albatros o rabiosos como gaviotas, según, liberar las notas del negro y blanco peligro de ser atrapadas en la ejecución.

Afuera la tarde se reblandecía sobre el horizonte de montañas. En el salón no había nadie más. Los estudiantes no se acercan hasta aquí a leer apuntes o sus sobados libros, a tomar un café siquiera, como en cualquier día lectivo. Era domingo. El salón del centro estudiantil se llenó de crepúsculo y sombra de domingo. Cuando la joven levantó la tapa pareció que el piano se desperezaba de un largo sueño otoñal con un silencioso e irónico bostezo.

El instrumento es un Bösendorfer. La generosidad de algún filántropo debió donarlo a la Universidad, hace tiempo. En aquel salón su función era algo más que meramente decorativa. En efecto, cualquier estudiante, con plena libertad, podía atreverse con una amenazadora improvisación, o con una conocida pieza, rescatada insospechadamente de aquella impaciencia infantil que la había condenado a los sótanos del aburrimiento, después de manosearla en las primeras lecciones de trabajoso solfeo.



Desde la distancia en que me colocó la joven pude apreciar claramente las señales del descuido en el piano. Evidentes las escoceduras de la negra piel, incluso la clamorosa tecla de madera entre las bien cortadas compañeras de marfil, mella de una dentadura.

Ella en pie, inmóvil, en esa tarde de pálidos dorados que llegaba al interior del salón. Los grandes ventanales, piel fría. El rumor intuido de los campos de entrenamiento, fútbol americano, rugby, lacrosse, a lo lejos, hasta limitar el campus al oeste, y luego las montañas azuladas. El probable fulgor aséptico, aún no, dentro de una hora o casi, de la gran iluminación eléctrica, silueteadora implacable de perfiles atléticos y alegrías elásticas contra el verde cuidado de los campos de fútbol, lacrosse, etcétera. El tránsito intermitente de los estudiantes en bicicletas cerca del estanque de apenas un palmo de profundidad. La cena en los comedores de las residencias estudiantiles, también dentro de una hora o así. Nadie sobre el puente, memorial de las víctimas de la guerra de Vietnam. Nadie a orillas del estanque. Un libro de bioquímica olvidado. La joven esperó, quizá a la improbable conciliación de las sombras del salón con el más allá de los ventanales, o quizá ansiaba la disolución de los ya de por sí amortiguados pasos lejanos en los otros salones, en las escaleras del resto del centro estudiantil.

Se decidió, suavemente, sin embargo. Se sentó. Corrigió su postura, la espalda. Extendió las manos; los dedos ligeramente separados, paralelos todavía al teclado. Observó el temblor de las falanges, temblor como de vino ambarino remansado en una copa delicadamente sostenida a media altura de una promesa. Se decidió, suavemente, de nuevo. El pie derecho sobre un pedal. Una nota. Se sorprendió. Su mirada aún no había buscado el primer compás de la partitura. El eco de la nota se prolongó por el interior del piano, pensativo. Una reverberación de reminiscencias la incitó a una segunda nota, más grave, a un intervalo incorrecto de la anterior, sin embargo; inharmónica, así pues, ajena a la matemática disposición de las diminutas manchas negras enrejadas en el pentagrama. Posó al fin la mirada en la impertérrita oscuridad de una prestigiosa melodía. Dudó en atacarla; adagio quizás, pianísimo tal vez. El pentagrama debió figurársele un tendido eléctrico, firme sobre el atardecer, cinco alambres paralelos para la energía domesticada, o para la telegrafía de siglos pasados. Acaso esto último, sí, porque, desentendida de la partitura, repitió a intervalos iguales la secuencia disonante de aquellas dos notas iniciales, imprevistas. Punto y raya, punto y raya y así, entregada a su propia concentración. Punto y raya, punto y raya, como un palpito ensoñador, sobre todo a medida que esa mano izquierda se desplazaba hacia las teclas de registro más grave. Sístole y diástole profunda, aletargada; sístole y diástole de un negro cetáceo. Sístole de martillo sobre diástole de cuerdas metálicas, vibrantes entrañas de ese barco de madera, calafateado para soportar las travesías melodramáticas del deseo, o el cabotaje por la incierta costa de la memoria. Golpe de mar sostenido, resaca en sí bemol, dos notas tan sólo, dos y luego otra vez esas dos. Pero para entonces la joven debió ajustarse a las vibraciones de la secuencia hipnótica, porque su espalda se desplazaba, bien que casi imperceptiblemente, de adelante atrás, entregada a la voluntad de una marea inapelable.

Dejó de tocar. El temblor invisible de su cuerpo desapareció en unos minutos. Su mirada se perdió por encima de las partituras, fija en un punto ilocalizable, serena, implícitamente húmeda enseguida, como se verá por lo que siguió. Y cálida, con un velo de rescoldo tierno.





La mano izquierda sobre la rodilla izquierda. La mano derecha gravitando sobre la zona de las más altas octavas. La primera nota; imperceptible la primera, tan débil ha sido la presión del dedo corazón. La siguiente habría hecho extender la mano, mirar al cielo plateado, subir las solapas del abrigo. Después fue imposible seguir la cuenta. Hubiera sido innecesario, de cualquier modo, porque sólo cabía aceptarlo. Abrir entonces el paraguas, protegerse así de ese ritmo constante pero indiscernible, repiqueteo metálico sobre tejados de hojalata. Ella, sin embargo, optaría por guarecerse en el angosto espacio de un zaguán, la espalda rígida contra una puerta señorial de madera en una calle adoquinada, con recuerdos de rieles de tranvía y coches de caballos. Tan recta su espalda y tan lejos de esa lluvia que quiere prenderse, sin embargo, de la punta de sus dedos, arrastrarla a una promesa. Una promesa: ella la escucha y espera, sin que cesen de desmadejarse los arpegios del agua en sus manos, en toda la ciudad, acunándola.

Ella querrá vestir un abrigo largo oscuro, sobre cuyos hombros anidarán en la espera mezcladas el agua con la sombra de las alas de su sombrero de fieltro. Inclinará su cabeza, lo suficiente como para que aun en escorzo, la esquina resulte siempre visible, a tres metros. Por allí aparecerá. Un cigarrillo tras otro que no fumará, columna de ceniza, dejándolos consumir, sostenidos blandamente: antes de abrazarla él habrá de ver en su mano este pequeño reproche por la tardanza.

Intermitencia de luces, cristales empañados, agujijón del agua en las mejillas. La breve punzada del frío resalta por contraste la ductilidad de las caderas para acoger al amante, la maleabilidad de la espalda, oculta y resguardada tras la rigidez de la ropa invernal. Cuando llegue, cuando se reencuentren, reconocerán la constelación de la lluvia sobre párpados y labios y mutuamente se enjugarán las gotas con la punta de los dedos mientras con la palma de las manos se sostendrán los rostros. Se examinarán con la atención con que se estudian las cartas de navegación antes de iniciar la deriva por sus mares interiores.

Entonces. Como estaba previsto. Doblará la esquina, cerrará el paraguas. Él ofrecerá su cabeza descubierta al castigo del diluvio para hacerse perdonar la espera, quizá algo más. Allí, inmóvil, unos minutos, una sonrisa. La ceniza del agotado cigarrillo se derrumba, la mano de la joven lo deja caer, conciliadora, para no llamar la atención sobre la falta. Él la abrazará, sí, pero también hundirá su cabeza en su cuello, la empapará. No importa. Podría sujetarle por los antebrazos para separarle, cerrar este trámite, ya es hora, ya saben los dos que el trabajo del perdón estaba hecho; y sin embargo, ella buscará trabajosamente en el interior del abrigo un nuevo cigarrillo, para compartirlo esta vez, cuando él decida apartarse, no hay prisa, y ensaye otra sonrisa. Luego quizá sean más, porque necesitarán su débil resplandor como señales de posición en la travesía de esa noche.

Entonces, de improviso. La mano izquierda sobre la rodilla izquierda. La mano derecha gravitando sobre el teclado sorprendido. Rígida la espalda de nuevo, con el primer presentimiento de la luz lunar afuera, aún baja la luna, es probable. Inminente escalofrío de profundísimo epicentro. Espalda cortada a cuchillo en el silencio repentino de la sala del centro estudiantil. El piano negro se aquietó como nunca. Ni una sombra abandonó su posición. La noche se acercaba. La mano derecha siguió suspensa por un tiempo insoportable, a medio camino de la crueldad de la noche y la crueldad del recuerdo. El teclado hubiera mordido, víctima de un ataque de ansiedad. ¿Y luego qué? parecía



preguntarse, ¿Y qué más, qué más? Y el silencio obstinado. Y un libro de bioquímica boquiabierto. Y toda la sala a punto de un naufragio.

Al fin los dedos se dejaron conducir y el piano recibió una larga caricia, como un lejano latido, como una tersa línea de un cardiograma moribundo.

Se trataba de una canción, de la razonable suposición de una canción, en realidad, porque la joven reincidía en un único y breve fragmento. "I find myself searching / Through the ashes of our ruins," cantaba, una y otra vez, con la obstinación de quien interroga una inexplicable imagen salvada de un sueño vagamente familiar. Ruina, en efecto, de arqueología dudosa, perdido el referente originario bajo capas de dolor, así de triste era la voz. Así como la negra melancolía busca en las ruinas la presencia ausente. A cada vuelta espació aún más una palabra de otra y ralentizó el trabajo en el piano, como si de repente hubiera descubierto el peso enorme de cada sonido, el costo de extraerlo de los profundos veneros en que se escondían. Tanto parecía apagarse la energía de la joven y tanto aumentar la rigidez blanquinegra, que se diría que el piano negaba su colaboración, hastiado quizá por lo que no comprendía.

Desistió al fin la joven. La noche llamó su atención rozándole el hombro: no pretendía molestar, pero quería agradecer con discreción el haberse cobrado su precio. Lógico. Al fin y al cabo, me dije, es comprensible que no se aproveche, así, sin más, de un instrumento como aquel, gratuitamente.

La noche nos envolvió. El salón se desinteresó por completo. Ella no se movió de su asiento, seguiría allí, como sus partituras. ¿Pensaría abandonarlas dada la poca atención que les había prestado? Se la oía respirar, se podía intuir el ritmo calmo de su pecho. Pensé que se incorporaba, pero el ruido breve del banco sugirió tan sólo un cambio de postura. La inusual oscuridad la había engullido por completo, invisible, ni sombra ya. Aún sin ver sus ojos tuve la certeza de que me estaba mirando. Situación extraña, sí, porque aquel salón del centro estudiantil, como todas las dependencias abiertas a los estudiantes, se iluminaba a una determinada hora, de forma automática, pero la noche permanecía allí, gozando sin duda de este tiempo extra. Me miró, así pues la joven; o, por ser más preciso, fijó su mirada en una dirección inequívoca.

A pesar de mis limitaciones, mis intuiciones sensoriales, como la que acabo de contar, son extraordinariamente fiables, pero carezco de movilidad, y me falta el pulso y el calor de los hombres. Los materiales con que estoy armada sólo invitan a una consideración utilitaria de mi cuerpo: nadie acercaría su oído para escuchar a través de la madera y el metal, pero aquí dentro bullen sus palabras. Ellos me las han dado, las he recogido enquistadas en largos lamentos, cuando sueñan recostados en mí, encendidas en los labios, con sabor a fiebre. Mi lengua es también la de los libros que los estudiantes olvidan y recuperan varias veces en un sólo semestre, esos libros que embuten en sus sobrecargadas mochilas de plástico y tela rígida. Algunos conservaban en sus páginas una afilada hojita de césped por haber estudiado con ellos tumbados al sol de un día de noviembre inesperadamente tibio. He aprendido a identificar, a distinguir. Y guardo aquí dentro de este metal y esta madera olores y calores, el recuerdo de los cuerpos. He aprendido a leer miradas, a interpretar el sudor íntimo, a valorar los diferentes grados de presión de sus desolaciones contra mi respaldo.



Reconozco que, como en todo autoaprendizaje, armar este conocimiento del mundo está sujeto a una perspectiva determinada cuyas conclusiones no pueden ser contrastadas. Trabajo con lo que queda a mi alcance, dependo del lugar al que se me lleve, de quien me usa y sus sinsabores y alegrías. Soy consciente, por tanto, de las arbitrariedades e incoherencias de mi discurso. Admito, apesadumbrada, que ciertos hechos se me resisten, impenetrables, como el lenguaje especial de una pareja de amantes que tomaba su café vespertino aquí, a la mesa a la que suelo estar destinada. Ella le enseñó el nombre: hablaban en “gugu-gaga”. Dejé de verles, como él a ella. Y como yo aquí, quizás él, náufrago en su largo olvido de ella, se pregunte por esas palabras intrasferibles, perdidas para siempre porque es imposible compartirlas con nadie más, nunca más. Y si recuerdo este enigma enterrado ya por el tiempo es porque no fue menos extraña, acaso más, la actitud de la joven rara que improvisaba al piano melodías tan inciertas como oír caer la lluvia o una canción triste como la más triste pena.

Estalló la iluminación eléctrica de pronto, al fin. En efecto, no me equivoqué: había estado mirándome. Pero el brusco cambio en el salón no la había deslumbrado, como si sus ojos me hubieran atravesado desde mucho tiempo atrás con una luz interior propia, ajena a cualquier circunstancia externa. Un rayo, un fuego helado, la ceniza ardiente que todavía recuerda, no puedo precisarlo: tal era mi desconcierto por ese desafortunado interrogante de sus ojos. ¿Qué buscaban esos órganos no de la vista, sino del cuerpo, de la memoria, o de un más allá? (¿Cual, sin embargo?) La madera, el metal, nada de todo eso colmaba el escrutinio de la invisible presencia que debía aparecésele sentada en mí, invisible misterio, repito, huella. Huella, pensé, a la que rogaba ella en silencio, sin parpadear casi, con una desesperación que era al mismo tiempo señal de la intensidad e inutilidad de su invocación. Silencio. Nada, nadie en aquel salón que supiera corresponder a la dolorosa petición de la joven, a su infinita reclamación de materia viva, paladeable, acaso, si esto último no fuera tan descabellado. Silencio, en fin, y la marcha invisible de los relojes.

Aún ahora, cuando la conclusión razonable, al fin y al cabo, es que sólo se tratara de la decepción por la espera frustrada de un espectador que nunca llegó, aún ahora, ya digo, me asaltan las dudas y pienso. Pienso el por qué de aquella improvisación, de la emoción desatada, excesiva que la alimentaba. Después de todo, sólo se trataba de una joven aficionada, un salón en un centro universitario, un piano, una tarde cualquiera, solitaria: no tengo respuesta satisfactoria a esta disonancia. En cualquier caso, si ahora debo atenerme a una única certeza, freno último de mi imaginación especuladora, afirmo que igual como me arrastró junto al instrumento para asiento de la visita ausente, me devolvió, parsimoniosa, serena, al idéntico lugar que ocupó todos los días, junto a las otras sillas de la mesa más cercana al piano. Después la joven se marchó. Olvidó las partituras.